

Desde el palco oficial

Por los altavoces instalados en Palermo se dijo que la multitud congregada en la zona era de un millón y medio de personas en el momento en que el presidente de la Nación y su esposa llegaron a sus ubicaciones, a unos 50 metros en línea recta del altar donde **Juan Pablo II** concelebraría su misa de despedida de la Argentina. Pero al término de la misa, fuentes policiales calcularon en 2 millones de personas la concurrencia.

Restaban todavía diez minutos para las once, y ya estaban en sus asientos reservados los tres miembros de la Junta Militar y la mayoría de los funcionarios de máximo nivel gubernamental.

Los ex presidentes fueron instalándose pocos metros más atrás, mezclados con los actuales ministros. Así, por caso, se vio a **Arturo Frondizi** presentar al general **Alfredo Saint Jean** ante **Arturo Illia**, una fila más adelante de **Roberto Alemann**.

O a **Alejandro Lanusse**, en sonriente saludo con el teniente general **Leopoldo Galtieri**, antes de seguir camino hasta el lugar que le había asignado el protocolo oficial.

Un cordón de seguridad se cerró a espaldas del brigadier **Basilio Lami Dozo** y su señora, flanqueados por los esposos **Anaya** a la izquierda y **Galtieri** a la derecha. Solo quedaba lugar para los respectivos edecanes y un sacerdote muy joven, de blanco, que no se movería de ese sitio durante la ceremonia religiosa.

Tras los agentes de civil, pugnaba por avanzar —aunque fueran solo unos centímetros— un heterogéneo y compacto grupo de asistentes, acomodadoras, periodistas, fotógrafos y, también, algún peregrino tenaz que había sorteado las vallas colocadas a ambos lados de la avenida Sarmiento. Cubrían sin resquicios el corredor central que separaba en dos a los asistentes de los invitados especiales.

En instantes, las banderas papales y argentinas comenzaron a agitarse: se acercaba el Papa. Con él recrudescieron los empujones y varios policías intentaron con relativo éxito contener el fervor popular que desbordaba casi sobre el mismo acceso a la rampa del gigantesco altar, del que la Junta estaba separada por 15 metros.

El "papamóvil" frenó tapando la visión del altar a los comandantes, pero permitió que el Pon-

tífice se divisara nítido desde el sector oficial, al que bendijo. **Una persona fue alejada en camilla de la zona y casi rozó el vehículo papal.**

El orden fue restableciéndose gradualmente, luego de que **Juan Pablo II** ascendió la rampa y se perdió detrás del altar para colocarse los atributos de sacerdote para la misa.

Interin, dos miembros del dispositivo de seguridad se consolaron del desorden, que acababa de tener un pico y que luego volvería, aumentado. **"Bastante hicimos en dos semanas"**, decían. Un tercero comentó que **las Madres de Plaza de Mayo cubrían un sector a 50 metros a la izquierda del altar.**

A las 11.25 reaparecieron los prelados concelebrantes, precediendo la ovación que saludó al Papa, solo acompañado por su asistente, **Paul Marcinkus**.

Breves palabras del titular del Episcopado argentino antecedieron el comienzo del oficio. Un militar de alta graduación reclamó una cámara para fotografiar al cardinal **Juan Carlos Aramburu** mientras hablaba.

Juan Pablo II no hizo esperar su homilía, que leyó durante 39 minutos a partir de las 11.56. **Galtieri**, a esa altura, seguía la ceremonia con un poncho marrón sobre los hombros.

Durante su mensaje, el Papa fue interrumpido varias veces por el estallido de aplausos, vítores y cantos. La primera ocasión, cuando enfatizó que continúa pensando en realizar una visita "normal" a la Argentina. Y aunque el resto fue seguido con unción general, **la parte final de su homilía** —dirigida a los jóvenes del país— **movió a casi ininterrumpidos rebrotes de entusiasmo.**

Su nombre fue entonado una y otra vez, junto a una emocionante **"Queremos paz"**, un ocasional





“vivan las Malvinas” y un “Ar-gen-tina” que produjo sonrisas de aprobación entre los comandantes.

Dueño de un dominio absoluto sobre su auditorio, Juan Pablo II remarcó con sabiduría tanto palabras como silencios al referirse a la guerra. Los aplausos resonaron fuertes cuando pidió: “únanse también a los jóvenes de Gran Bretaña” y transmitió el “sentido deseo de paz” de la juventud inglesa. El clamor fue apoteosis en el momento en que reclamó que el sentimiento pacifista sea “más fuerte que las cadenas de la guerra”.

Terminó de hablar y volvieron a agitarse las banderas: acababa de pedir amor, respeto, comprensión y “la paz” para nuestro país.

Llegaron las intenciones de la misa —expresadas por micrófono oficial— (por “nuestros compatriotas que han muerto y todos aquellos caídos en la guerra”, por ejemplo) y luego las ofrendas al Papa, que arrancaron nuevos aplausos en el momento

en que tres conscriptos pasaron frente al Pontífice y descendieron la rampa.

Con el instante supremo de la misa, volvieron las avalanchas en el sector oficial. Lami Dozo precedió a sus colegas de la Junta para comulgar, y detrás de ellos intentaron seguir varios gobernantes y ex mandatarios.

Algunos no lograron su propósito, atascados entre el gentío que a puro empujón logró sobrepasar la línea misma de los asientos de los comandantes.

El ex presidente Jorge Videla emergió visiblemente sofocado y se sumó a la fila de quienes aguardaban tomar la comunión del Papa, acto reservado para un reducido grupo de personas. El resto lo hizo de manos de varios sacerdotes que se esparcieron en abanico desde el altar.

Galtieri, Anaya y Lami Dozo y sus acompañantes no retornaron al lugar original. Tampoco lo hicieron otros funcionarios, respondiendo a un programa de salida especial —atento a la inquietud escena que se notó tras

los comandantes en buena parte del oficio— que quedó ajustado en sus detalles cuando el contralmirante Benito Moya, jefe de la Casa Militar, fue llamado durante la Consagración por el edecán del Presidente.

Tampoco el Papa salió por el lugar de entrada, sino que descendió —eran ya las 13.30— por detrás del altar, en medio de una cerrada pared de personas que le tributaron un estruendoso agradecimiento.

Luis Sartori

El presidente Leopoldo Galtieri y su esposa toman la comunión. Detrás, el titular de la Armada, almirante Jorge Anaya.